

“LA PATA DE LA RAPOSA”

Por MIGUEL DE UNAMUNO

La pata de la raposa: así se llama esta nueva e intensa novela de Ramón Pérez de Ayala, que acaba de publicar la BIBLIOTECA RENACIMIENTO. Quiere ser continuación de aquella otra del mismo autor, titulada «A. M. D. G.» («La vida en los colegios de jesuitas»), que tuvo un justo éxito literario, pero otro mucho mayor, y no sé si tan justo o menos o más, de escándalo.

¿Por qué se titula como se titula esta nueva y tan intensa novela de Pérez de Ayala? Tras del título trae, a modo de lema, este techo de Musset que traduzco:

«En el caso de que nadie las tome en cuenta, habré sacado este fruto de mis palabras y es de haberme curado mejor y como la raposa cogida—en el cepo habré roído mi pata cautiva».

Y en el capítulo XIII Tita Anastasia al ver a Fina y Alberto platicando en estrecha concordia, después de haber ella perdonado las ingraticudes y desdenes de su novio, se acerca a la pareja y dice:

«Cuando la raposa cae en el cepo, dicen que se roe la pata hasta que la troncha, y huye con las tres sanas».

Y luego

«por la noche, a solas en su estancia, Alberto rumiaba la frase de Tita Anastasia. La idea de la muerte es el cepo; el espíritu, la raposa, o sea virtud astuta con que burlar las celadas de la fatalidad. Cogidos en el cepo, hombres débiles y pueblos débiles yacen por tierra; imaginando cobardemente que una mano bondadosa y providente los ha puesto allí por retenerlos y conducirlos a nueva y más venturosa existencia. Los espíritus recios y los pueblos fuertes reciben en el peligro clarovidente estupor, desentrañan de pronto la desmesurada belleza de la vida y renunciando para siempre a la agilidad y locura primeras, salen del cepo con los músculos tensos para la acción, y con las fuerzas motrices del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia».

Tal es por lo menos la moraleja que el autor mismo, Pérez de Ayala, saca al cuento de su novela. Tal vez un lector desprevénido le saque otra que

se ajuste tan bien o mejor a su título, y ésta es una entre tantas excelencias como atesora este libro.

Eso de la idea de la muerte parece perseguirle a Pérez de Ayala, que es un buen español educado por jesuitas. En el capítulo VI hay dos páginas muy hondas. Y en una de ellas dice:

«Los filósofos griegos llamaban a la muerte causa fundamental de toda filosofía. Nuestra vida, en el momento de nacer, es como una caja vacía, cuyas paredes son de diamante negro. Las paredes son la muerte. Nuestra vida está limitada de muerte por todas partes. ¿Con qué hemos de llenar la caja? He aquí el verdadero problema moral». Y luego siguen cinco deliciosas poesías.

Pero tanto o más que la idea de la muerte le persigue a Alberto, el protagonista de esta novela, el educando de los jesuitas, la idea del propio ridículo. ¡Un buen español! Este es un don Quijote íntimo y redivivo, un don Quijote consciente de su propia comicidad y que el sentirse cómico le incapacita para la acción.

Hay en la novela tres otras páginas admirables en que Alberto discurre como aquellos dos hombres, que el uno ante Alejandro Magno arrojaba a distancia guisantes sobre una aguja y los espetaba todas las veces sin errar golpe, y el otro ante el emperador Carlos V metía garbanzos desde lejos por un cántaro de boca angosta, eran superiores a los dos emperadores que mandaron darle al uno una mata de guisantes y al otro dos hanegas de garbanzos.

«Me parece,—dice Alberto,—que tanto Alejandro como Carlos pecaron de estolidez supina. A la larga (una larga que siempre era muy corta) la propia importancia tiene conquistar el mundo antiguo, como hizo Alejandro, o imponer el papismo al antiguo y al nuevo como pretendió Carlos, que clavar guisantes en una aguja o meter garbanzos en un cántaro. Con una diferencia en disfavor de entrambos soberanos, y es que sus empresas fueron ridículas; porque el ridículo no es otra cosa que un desacuerdo entre el esfuerzo y el resultado, entre lo que se piensa que se va a hacer o se cree que se está haciendo y lo que realmente se hace. Alejandro y Carlos, persiguiendo una finalidad trascen-

dente dentro de un mundo perecedero, se ponían en un ridículo cósmico. El de los guisantes y el de los garbanzos, no; no perseguían finalidad alguna, sino que cultivaban la destreza por la destreza, desdeñando usarla en altos empleos. Alejandro y Carlos creyeron triunfar de la muerte pasando a la historia. ¡Menguada historia la que tiene por fuerza limitado y fatal cómputo de páginas! Pero el de los guisantes y el de los garbanzos sí que triunfaron de la muerte porque triunfaron en la vida misma, comprendiendo muy cuerdamente que no morir es ignorar el mañana, es exaltar todas las facultades y ponerlas en el presente eterno de un esparcimiento arbitrario y sin propósito final. Dentro de un universo infinito compuesto de seres y cosas finitas, la única forma de inteligencia activa es el obrar conscientemente sin finalidad».

¿No veis en este pasaje tan preciso la íntima relación que media entre la preocupación de la muerte, el «morir habemos», y el sentimiento del ridículo cósmico? ¿Pero él, Alberto, el protagonista de esta novela y de aquella otra en que nos contó Pérez de Ayala la vida en los colegios de jesuitas, se contenta con esa solución estética? No, no se contenta con ella; es demasiado buen español para contentarse con eso. Y eso que en España tenemos las dos soluciones: la estética, cuya fórmula es «la cuestión es pasar el rato» o bien «se vive!» y es la de aquellos que hacen tiempo para matarlo, y la otra, la religiosa.

Aquel terrible danés de que tantas veces os he hablado, y de que tantas otras aun os tendré que hablar, Kierkegaard, decía que hay la ilusión de antes del conocimiento y es la poesía, y la ilusión de después del conocimiento y es la religión.

Es fácil que algún lector de ese país nuevo, de gentes nuevas, donde según Salaverría apenas se ve viejos por las calles, al leer lo de los espíritus recios y los pueblos fuertes que no se dejan coger en el cepo de la idea de la muerte y desentrañar la desmesurada belleza de la vida, se haya sentido halagado y acaso sobre-hombre, especialmente si es que ha leído, como puede muy bien ser, a Nietzsche. Pero que no se forje demasiadas ilusiones. Hay pueblos, así como hombres, que han dejado de pensar en la muerte, y hay otros, individuos como pueblos, que no han pensado aún en ella. Pero llegarán a eso. Hay quienes no han salido del período estético y otros que llegaron al religioso. Lo terrible, lo trágico, es el de los que salieron del uno sin haber llegado al otro, perdieron la ilusión